

I M P R E S I O N E S

Por el Dr. Julio Martínez Páez

Sierra Maestra, belleza accidentada del terreno sin igual, más digna de una estación de turismo que de campo de batalla. . . Pero a trueque del encanto indescriptible de tus espesos bosques, el destino implacable te condena a beber la preciosa sangre joven de tus mejores hijos.

Quizás por eso seas más bella, tal vez a ello se debe la atracción que por tí siente quien a tí llega y te conoce.

Tus manantiales en profusión, y en competencia a cuál más hermoso, son indescriptibles. Luce imposible ver como desde lo alto de la montaña, el agua purísima fluye a raudales desde la roca. Y con asombro los contemplo y digo: ¿No se agotarán algún día? ¿Qué mago habita en el interior de la montaña, qué hace su caudal inagotable ?

Los ríos, cuyo lecho alberga más piedras que agua, son muy poco caudalosos, de poca anchura y muy tortuosos; van siempre en plano inclinado abriéndose paso entre las montañas a las cuales van bordeando como enorme sierpe líquida, que a veces se quiebra al interponerse a su paso alguna gran piedra, junto a la cual se transforma en un hilo que cae a un plano inferior y sigue siempre descendiendo y descendiendo, como la temperatura de un cadáver, hasta llegar a su meta: el mar.

Los accidentes del terreno, las sinuosidades del cauce y la diversidad en las dimensiones, así como la cantidad de piedras de esos ríos, hace que sus aguas produzcan una gama de sonidos de timbre musical. Son las aguas “cantarinas” de los poetas y cuando llegan las’ lluvias, aquellos ríos, y arroyos plácidos e insignificantes, se convierten en torrentes impetuosos, cuyo canto argentino se transforma en trueno ensordecedor.

Montañas gigantescas cubiertas de árboles gigantes, más por su altura que por el grosor de sus troncos. Gama interminable de verdes

que va desde el esmeralda azul de la lejanía hasta el verde brillante del primer plano, siempre cambiantes a cada momento del día.

Al interior de la jungla nunca llega el sol, la frondosa bóveda verde impide verlo; a cualquier hora del día, siempre hay la misma penumbra, pues del interior, jamás se ve ni sabe donde está el sol, a tal extremo, que para orientarnos es preciso hacer uso de la brújula.

Y qué decir de la sinfonía de tantos y tantos ruisenöores que se ocultan en la fronda para enviarnos el regalo espiritual de su divino canto ?

Para mirarte, montaña, es preciso extender al máximo el cuello y llevar la cabeza hacía arriba y atrás hasta causar vértigo, para que entonces la vista pueda llegar hasta tu elevada cima casi siempre envuelta en nubes.

La Sierra es bella y de belleza única en todo momento. Una noche al cruzar el río Yara, me detuve absorto ante el espectáculo maravilloso que formaban sus aguas de plata corriendo por esa región abrupta entre sierras gigantescas, cubiertas de vegetación lujuriantes, cuyos árboles más cercanos a las márgenes del río se inclinaban exageradamente como para mirarse en el espejo líquido, y como fondo magnífico un cielo azul oscuro intenso y la gran pupila dorada del gigante invisible de las noches claras: la luna. Y para aumentar la grandeza de la noche en esta selva tropical, miles y miles de luciérnagas alternativamente encendían y apagaban sus luces, dando la nota imponente y macabra al paisaje, digno escenario para representar la escena de las Willis.

Una noche de luna, después de la gran batalla de Sto. Domingo, aquel gigante invisible de las noches claras, cerró su ojo dorado, para no ver teñidas de rojo las aguas del río. . .

Sierra Maestra: tu trágico destino hizo que fueses escenario magnífico para el drama político que llevó la muerte al Padre de la patria en Febrero de 1874.

Hoy albergas en la inmensidad de tus cadenas de montañas a un grupo de cubanos ansiosos de libertad, que luchan desde la jungla fragosa por un cambio de sistema, por una verdadera revolución. Todos animados de los más puros ideales y a cuya cabeza está el predestinado: es decir, esa figura atrayente y aureolada de gloria de un hombre grande de cuerpo y de alma que se llama Fidel Castro el Gigante de la Montaña.

(Del libro "Libertad y Revolución" de Rene Ray).